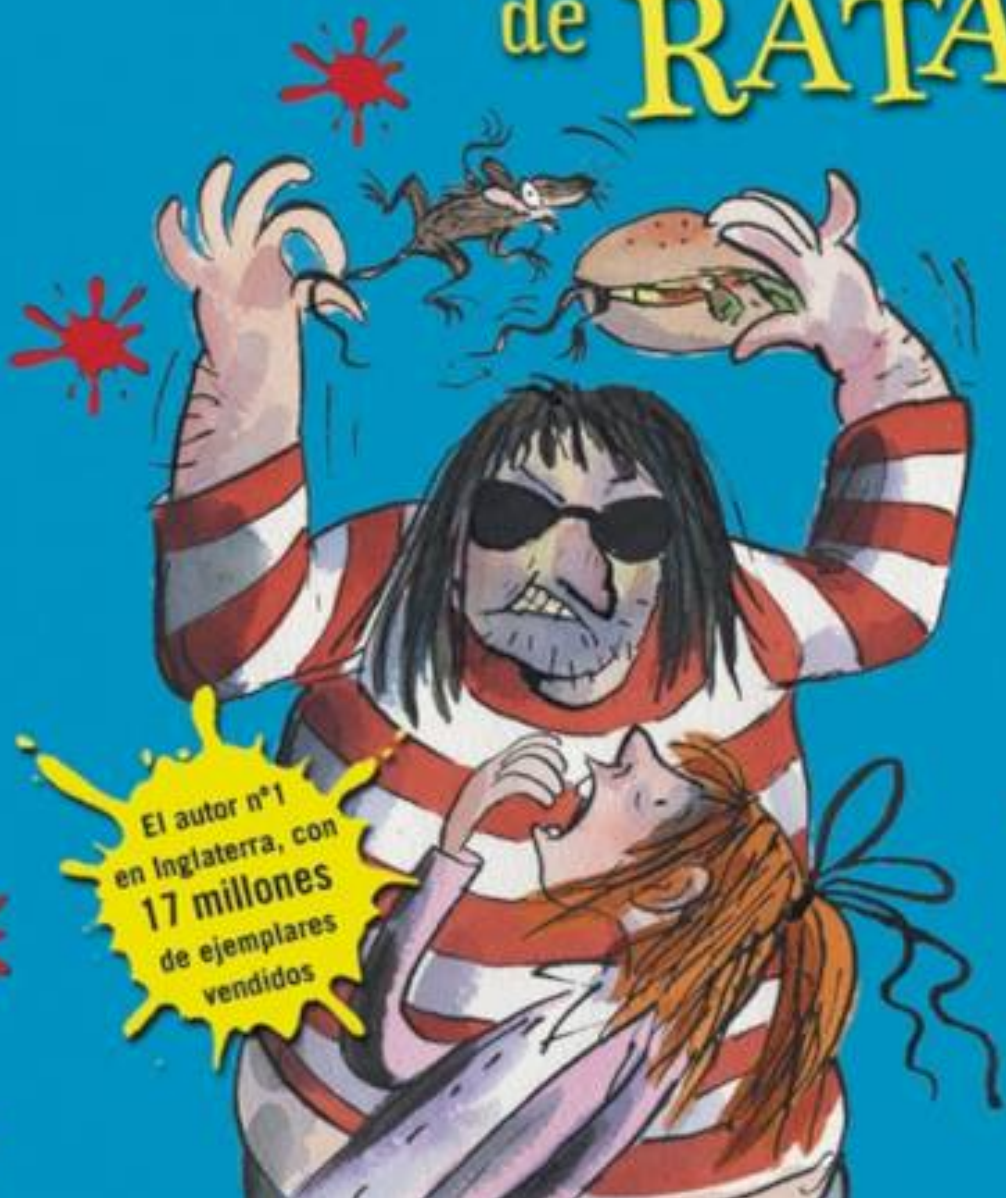


David Williams

La increíble historia de...

# LOS BOCADILLOS de RATA



**Esta es la historia de Zoe, una niña que deberá proteger a su mascota de un malvado vendedor de hamburguesas ambulante. Humor y aventuras de la mano del autor número 1 en Inglaterra.**

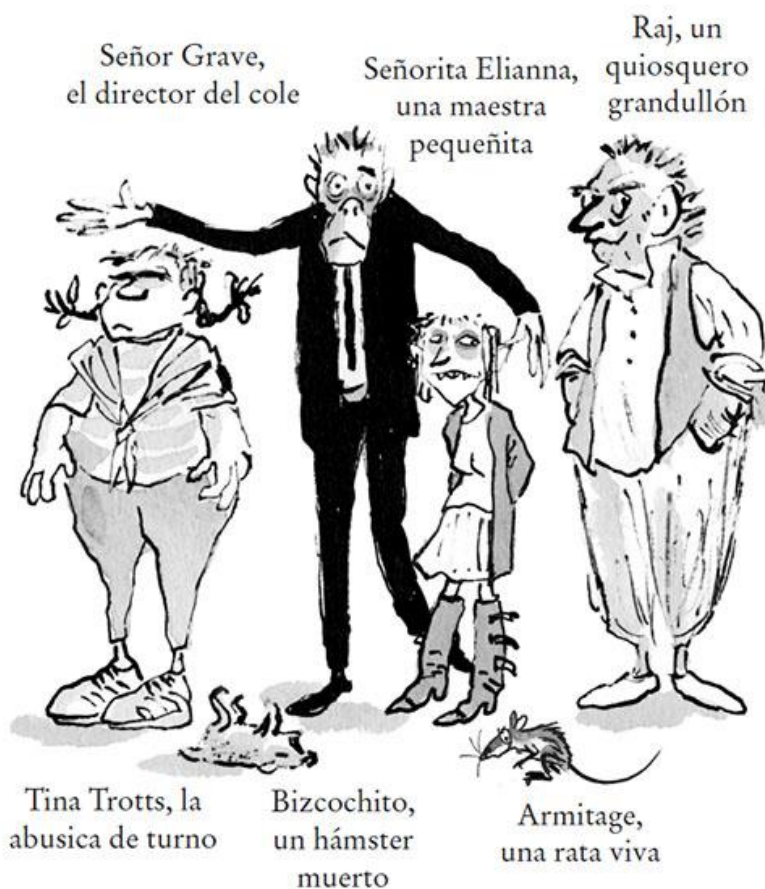
Últimamente Zoe tiene más de un motivo para estar preocupada. Empezando por su madrastra, Sheila, que es tan «friki» que incluso se ha atrevido a pedirle que le suene la nariz, porque a ella le da pereza hacerlo... Continuando por Tina Trotts, la matona del colegio, que le hace la vida imposible... (¿Cómo? Pues básicamente lanzándole escupitajos a la cabeza...).

Y por si esto fuera poco, ahora el malvado Burt, del restaurante Hamburguesas Burt, está intentando capturar a su mascota, una encantadora ratita, para hacer... ¿Adivináis qué? ¡Lleva la pista en el título!

*Para Frankie,  
el chico de la sonrisa maravillosa*

Os presento a los personajes de esta historia:





# 1

## Aliento de patatas fritas con sabor a cóctel de gambas

El hámster estaba muerto.

Tumbado boca arriba.

Con las patas tiesas.

Muerto.

Con lágrimas en las mejillas, Zoe abrió la jaula. Le temblaba el pulso y tenía el corazón destrozado. Mientras dejaba el cuerpecillo suave y peludo de Bizcochito en la moqueta desgastada, pensó que nunca más volvería a sonreír.

—¡Sheila! —gritó, tan alto como pudo. Aunque su padre se lo había pedido una y otra vez, se negaba a llamar «mamá» a su madrastra. Nunca lo había hecho, y se había jurado a sí misma que nunca lo haría. Nadie podría reemplazar a la mamá de Zoe, y la verdad es que su madrastra ni siquiera lo había intentado.

—¡Cierra el pico! ¡Estoy viendo la tele y atiborrándome de patatas! —contestó la mujer con malos modos desde el salón.

—¡Es Bizcochito! —insistió Zoe—. ¡No se encuentra bien!

Por decirlo suavemente.

Una vez, Zoe había visto en la tele una serie de médicos en la que una enfermera reanimaba a un anciano moribundo, así que, desesperada, intentó hacerle el boca a boca al hámster, insuflando aire muy suavemente en su boquita abierta. Pero no funcionó. Tampoco conectar el corazoncito del roedor a una pila AA con un clip. Era demasiado tarde.

El hámster estaba frío al tacto, y su cuerpo se había vuelto rígido.

—¡Sheila! ¡Por favor, ayúdame! —gritó la niña.

Al principio Zoe lloró en silencio, hasta que no pudo más y soltó un alarido tremendo. Solo entonces oyó a su madrastra arrastrar los pies a regañadientes por el pasillo del apartamento, situado en la planta treinta y siete de una torre de pisos inclinada. Sheila resoplaba y jadeaba cada vez que tenía que moverse. Era tan vaga que pedía a Zoe que le hurgara la nariz, aunque esta siempre se negaba, por supuesto. Era capaz de soltar un gemido de esfuerzo hasta cuando cambiaba de canal con el mando de la tele.

—Arf, arf, arf, arf... —resopló Sheila, haciendo estremecer el suelo a su paso.

La madrastra de Zoe era bastante bajita, pero lo compensaba siendo igual de ancha que de alta.

Era, en una palabra, esférica.



Zoe no tardó en darse cuenta de que Sheila estaba en el umbral, pues cegaba la luz del pasillo igual que un eclipse lunar. Además, reconoció el olor dulzón y empalagoso de las patatas fritas con sabor a cóctel de gambas. Su madrastra las adoraba. Hasta presumía de que, siendo pequeña, no quería comer otra cosa y escupía todos los demás alimentos a la cara de su madre. Zoe opinaba que las patatas fritas de bolsa apestaban, y ni siquiera a gambas. Por supuesto, el aliento de Sheila apestaba igual que las patatas.



Incluso entonces, plantada en el umbral, la madrastra de Zoe sostenía una bolsa de las detestables patatas en una mano, y con la otra se las zampaba a puñados mientras observaba la escena. Como siempre, llevaba puesta una larga camiseta blanca mugrienta, unas mallas negras y unas zapatillas afelpadas de color rosa. Los trozos de su piel que quedaban a la vista estaban cubiertos de tatuajes. Llevaba escritos en los brazos los nombres de sus exmaridos, todos tachados.



—Vaya por Dios... —farfulló la mujer con la boca llena de patatas fritas—. Vaya por Dios, vaya por Dios, qué lástima. Qué disgusto más grande. ¡El pobrecillo ha estirado la pata!

Sheila se inclinó junto a Zoe y observó de cerca el hámster muerto. Mientras hablaba, salpicó la alfombra de trozos medio masticados de patatas fritas.

—Vaya por Dios, qué pena y todo eso que suele decirse... —añadió, con un tono que sonó de todo menos triste.

Justo entonces, un gran trozo de patata frita medio masticada salió volando de la boca de Sheila y aterrizó sobre el hocico suave y peludo de la pobre criatura. En realidad, era una mezcla de patata y saliva<sup>[1]</sup>. Zoe lo apartó con delicadeza mientras se le derramaba una lágrima que fue a caer sobre la naricilla rosada y fría de Bizcochito.

—¡Oye, tengo una idea genial! —dijo la madrastra de Zoe—. En cuanto me acabe estas patatas, podemos meter al pequeñajo en la bolsa. Pero yo no pienso tocarlo, te aviso, no sea que me pegue algo.

Sheila levantó la bolsa por encima de su cabeza, la volcó sobre su boca abierta y engulló las últimas migajas de patatas fritas con sabor a cóctel de gambas. Luego ofreció la bolsa vacía a su hijastra.

—Aquí tienes. Mételo ahí dentro, rápido. Antes de que me apeste todo el piso.

Zoe tuvo que morderse la lengua ante tamaña injusticia. Si algo apestaba en aquella casa era el aliento a patatas fritas con sabor a cóctel de gambas de su madrastra. Se podría decapar pintura con su halitosis. Era capaz de desplumar a un pájaro con un solo soplo. Según la dirección del viento, su aliento podía olerse a quince kilómetros de distancia.

—No pienso enterrar al pobre Bizcochito en una bolsa de patatas fritas —replicó Zoe—. No sé ni por qué te he llamado. ¡Vete, por favor!

—¡Pues sí que estamos buenos! —contestó la mujer a gritos—. Solo intentaba ayudarte. ¡Mocosa desagradecida!

—¡Pues no me estás ayudando! —gritó Zoe, que seguía dándole la espalda—. ¡Solo vete! ¡Te lo pido por favor!

Sheila salió de la habitación hecha una furia y dio un portazo tan fuerte que del techo cayó un desconchón de yeso.

Zoe oyó como la mujer a la que se negaba a llamar «mamá» regresaba a la cocina, bamboleándose pesadamente, sin duda para abrir otra bolsa de patatas fritas con sabor a cóctel de gambas tamaño familiar y acabar de atiborrarse. La niña quedó sola en su cuartito, acunando al hámster muerto.

Pero ¿cómo había muerto? Zoe sabía que Bizcochito era joven, incluso en años de hámster.

«¿Podría tratarse de un hamstericidio?», se preguntó.

Pero ¿qué clase de persona querría asesinar a un pequeño hámster indefenso?

Bueno, antes de que esta historia llegue a su fin, lo sabréis. Y también sabréis que hay gente capaz de hacer cosas mucho, pero que mucho peores. El hombre más malvado del mundo se esconde entre las páginas de este libro. Seguid leyendo, si os atrevéis...

## 2

### Una niña muy especial

Antes de presentaros a ese individuo tan retorcido, tenemos que volver al principio.

La verdadera mamá de Zoe había muerto cuando ella era un bebé, pero eso no le había impedido seguir llevando una vida muy feliz. Papá y ella siempre habían formado un buen equipo, y él la quería muchísimo. Mientras Zoe estaba en clase, papá se iba a trabajar a la fábrica de helados de la ciudad. Adoraba los helados desde que era un niño, y le encantaba trabajar en la fábrica, aunque tenía que echarle muchas horas y mucho esfuerzo a cambio de poco dinero.



Lo que más ilusión le hacía era crear helados de sabores nunca vistos. Al acabar su turno en la fábrica, volvía corriendo a casa, loco de emoción y cargado con muestras de algún nuevo helado raro y maravilloso para que Zoe fuera la primera en probarlo. Luego informaba a su jefe del resultado de la degustación. Estos eran los sabores preferidos de Zoe:

- Sorbete dinamita
- Chicle chiflado
- Remolino de triple chocolate, nueces y dulce de leche
- Cucurucho de algodón de azúcar
- Natillas caramelizadas
- Sorpresa de mango
- Gominolas de Coca-Cola
- Espuma de plátano y crema de cacahuete
- Piña y regaliz
- Sorbete explosivo de Peta Zetas

El que menos le gustaba era el helado de caracoles y brócoli. Ni siquiera el padre de Zoe podía conseguir que algo así estuviera rico.

No todos los helados llegaban a las tiendas (el de caracoles y brócoli, desde luego que no), ¡pero Zoe los probaba todos! A veces se daba tales atracones que creía que iba a explotar. Y lo mejor de todo era que, a menudo, era la única niña de todo el mundo que los probaba, lo que la hacía sentirse una niña muy especial.

Solo había un problema.

Al ser hija única, Zoe no tenía a nadie con quien jugar en casa, aparte de su padre, que pasaba muchas horas trabajando en la fábrica. Así que, al cumplir nueve años, al igual que muchos niños, deseaba con todas sus fuerzas tener una mascota. No hacía falta que fuera un hámster, solo necesitaba algo, lo que fuera, que le permitiera dar y recibir cariño. Sin embargo, puesto que vivían en la planta treinta y siete de una torre de pisos inclinada, ese algo tenía que ser forzosamente pequeño.

